

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giro a A. Barrera

## Una concepción del sindicalismo

Con una persistencia que ya resultará cansadora, hemos expuesto en sucesivos artículos, cuyo orden de continuidad ni tenemos en cuenta, el punto de vista del sindicalismo anarquista, que, como movimiento revolucionario tiene su génesis en las primeras organizaciones obreras de la Argentina y su proceso ideológico en cada uno de los hechos que señalan un avance de nuestro proletariado como entidad consciente y determinante de sus propias acciones. De ahí que al hablar de una concepción del sindicalismo — que no puede ser otra que la que determina la actividad de los anarquistas en el movimiento obrero — expresemos, no una idea particular, sino principalmente aquello que tiene de propio y característico el proletariado militante de este país.

Es sobre la base de la historia de nuestro movimiento revolucionario que fundamentamos nuestra crítica al sindicalismo neutro. Y es sobre el campo experimental de la propaganda anarquista de este país, recogiendo las enseñanzas de otros hombres y buscando elementos de juicio en hechos que ya pertenecen al dominio del pasado, donde estamos obligados a trazar la trayectoria de nuestro propio movimiento. ¿Supone esa persistencia en valorizar nuestras propias ideas y los esfuerzos acumulados en nuestras organizaciones revolucionarias, un empeñamiento absurdo por rechazar las enseñanzas que nos ofrece el movimiento obrero internacional y las ideas que sobre los problemas más importantes del anarquismo plantean compañeros de reconocida capacidad? De ninguna manera.

Contra el exceso de imitación de quienes no tienen ojos más que para mirar lo que sucede fuera de sí mismos y del círculo de sus actividades, nosotros debemos empeñarnos en señalar la importancia de los hechos más próximos y, al parecer, más invisibles... Y en ese caso nos encontramos hoy, ya que la interpretación anarquista del movimiento obrero difiere en los medios revolucionarios de Europa con la que en la Argentina sostiene la mayoría de los compañeros.

No pretendemos imponer a nadie nuestro punto de vista. Pero si creemos tener derecho a intervenir en la discusión de esas cuestiones tácticas y teóricas planteadas al anarquismo por la guerra europea y la revolución rusa. La concepción anarquista del movimiento obrero, defendida en la Argentina mucho antes de que los acontecimientos de es-

tos últimos años nos revelaran la impotencia espiritual del proletariado, no puede muy bien servir de base a la rectificación de las tácticas seguidas hasta ahora por los anarquistas en las organizaciones sindicales? El sindicalismo europeo, ganado para la política de la "dictadura del proletariado" y corrompido por el oportunismo subversivo de los posibilistas, ¿no encontraría el camino perdido en la concepción anárquica que sirve de norte a la Fe-

ideas expuestas en el congreso de Berlín — constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores — y la constante prédica sostenida desde estas columnas, represente algún día un papel decisivo en las orientaciones generales del anarquismo.

Los más visibles motivos de divergencia, en cuanto a la interpretación del movimiento obrero, están en el concepto de la unidad de clase y en la ideología "propia" del sindica-

ropa, lo que los posibilistas consideran una experiencia revolucionaria — la idea de la dictadura de clase y de la organización estatal sobre la base de los actuales sindicatos industriales —, ¿no es fácil descubrir el verdadero foco de la degeneración y descomposición de todo el movimiento obrero de ante-guerra influenciado por las ideas libertarias y hasta dirigido por anarquistas?

La causa de la degeneración del sindicalismo revolucionario no debemos buscarla en determinadas actitudes personales: en la deserción de unos cuantos jefes que simulaban defender las ideas anarquistas y a quienes arrastró la vorágine de los acontecimientos subversivos de los últimos años. Por muy poderosa que sea la influencia de los dirigentes, si las organizaciones obreras son algo más que simples amalgamas de trabajadores para mejorar el salario y pedir disminución de las horas de labor, surge necesaria e inevitablemente la resistencia a toda desviación y los principios quedan siempre a salvo. En el seno de la F. O. R. A. también se produjo, durante el período álgido de la revolución rusa, el fenómeno bolchevique. También hubo en nuestras filas jefecillos ganados para la "dictadura del proletariado" y convertidos en agentes de Moscú. Pero su prestigio no les sirvió de nada. Por encima de las personalidades, están las ideas. Y los anarquistas sacrificaron a esos aspirantes a jefes del proletariado — aún cuando ello representara una merma en el número de adherentes a la F. O. R. A. — porque así lo reclamaban los principios anarquistas desconocidos y vulnerados por los conversos al comunismo de Estado y al sindicalismo neutro y posibilista.

Si fué posible reaccionar contra las infiltraciones marxistas en el movimiento obrero y anarquista, no se debió a que en el anarquismo puro quedaran las destacadas personalidades cuya autoridad moral acatan sin discutir los adeptos creyentes. La victoria correspondió a las ideas, porque las ideas estaban por encima de los hombres y en las ideas deseansaba todo el movimiento obrero orientado por los anarquistas.

En ese hecho, que es a la vez la más saludable experiencia que sacó el proletariado de los acontecimientos que se fueron precipitando en el breve espacio de diez años, está la plena confirmación de la superioridad de la táctica empleada en las organizaciones obreras por los anarquistas de este país. Y es esa experiencia lo que nosotros ofrecemos al anarquismo internacional, no para que la acepte sin previo estudio, sino, precisamente, para que no la rechace sin discusión.

Para nosotros, una sola cosa tiene valores reales y superiores, que so-

## DERECHOS...



**Nosotros queremos conquistar la libertad integral y no el derecho escrito. Tu libertad, Mariana, es explotación y hambre...**

deración Obrera Regional Argentina?

Tenemos empeño, aunque resulte demasiado aburridora nuestra persistente campaña sobre el mismo tópico, en divulgar todo lo que tiene de característico, de propio, el movimiento obrero revolucionario de la Argentina. Internacionalmente ya hemos logrado rendir la primera batalla contra el sindicalismo neutro, y quizás el aporte de las

lismo: del sindicalismo que, después de proclamar su neutralidad frente a las diversas tendencias políticas e ideológicas, pretende bastarse a sí mismo y reclama por ello el derecho de dirigir a todo el proletariado, de conducirlo a la revolución y solucionar con sus propios elementos los problemas post revolucionarios. Si se agrega a esa tendencia predominante en los medios anarquistas y sindicalistas revolucionarios de Eu-

brevivamos todos los fracasos políticos y las doctrinas doctrinarias. La idea anarquista, el elemento superior de cultura y el aspirante humano en la vida material, de las miserias de la vida material, de las necesidades económicas y de las luchas del hombre. Y es porque estamos convencidos de la superioridad del anarquismo, que nos empeñamos en llevar nuestras ideas a todas partes: al hogar, al colegio, al cuartel, al sindicato.

Queremos, pues, el anarquismo integral: el anarquismo como idea matriz de todas nuestras actividades, como fundamento de toda organización humana y como principio que obra sobre las fuerzas ciegas del instinto que conducen al proletariado a la lucha por la conquista de su bienestar material. Por eso hablamos del sindicalismo anarquista, que enlaza nuestro movimiento cultural e ideológico con las organizaciones obreras y determina una orientación específica en los núcleos proletarios ganados para la causa de la libertad y de la igualdad sociales.

La aceptación de un sindicalismo anarquista, supone el reconocimiento de la existencia de otras tendencias sindicales divergentes con nuestro movimiento. Pero esa es la reali-

dad de todo el movimiento obrero internacional. No existe ni aún en el terreno de la llamada lucha de clases una unidad orgánica positiva y duradera. El proletariado no se identifica por lo que produce o por lo que come, sino que busca en las ideas el punto de unión y los verdaderos motivos para sus luchas revolucionarias. Y si esa división es la realidad y responde a las más elementales cualidades del espíritu humano, ¿hemos de empeñarnos los anarquistas en conservar una unión corporativa que sólo puede existir en apariencia y mediante el recurso de la disciplina?

El reconocimiento de los valores ideológicos del anarquismo, determina en nosotros ese empeño en conservar un movimiento obrero que tiene su génesis en las ideas libertarias y ha escrito hermosas páginas en la historia del proletariado internacional. Y porque existe como fuerza real y sin desviarse del camino emprendido, ofrecemos el ejemplo de nuestra organización a los compañeros que en Europa se interesan por los problemas que tienen relación con el desarrollo y las orientaciones del sindicalismo revolucionario.

### Disciplina sindical

Este es otro resabio sindical, otra enfermedad de la que andan por ahí muchos camaradas, excelentes camaradas algunos. Especialmente en la organización gremial influenciada por los desvergonzados sindicalistas criollos es de donde vienen los anarquistas que nos hablan de disciplina sindical, chocando, como es natural, con nuestro concepto de libertad sin sanción ni obligación.

Esos camaradas, que son más obreristas que anarquistas, aunque no lo crean así, están más cerca del marxismo que de nuestra concepción ampliamente libertaria, comprenden mejor a Marx que a Bakunin. No pueden concebir la conciencia obrera sin el freno de la disciplina porque se han habituado, en el trajín de las masas sin ideales, a mantener la unión con las prácticas liberticidas del sindicalismo, de ese sindicalismo que prefiere el número a la calidad.

De ahí el choque de esos compañeros con nuestra concepción anarquista del movimiento obrero. Nosotros preferimos la calidad al número; es decir, creemos que lo que vale es la conciencia del obrero realmente revolucionario y no la masa sin convicciones expuesta a que la maneje cualquier político audaz. Y todos los hechos nos dan la razón: Italia, para no citar más que un caso.

La disciplina es un fracaso que han debido constatar los mismos políticos, como lo aconteció en el reciente congreso socialista de Mar del Plata.

Estas lecciones pueden tomarlas los compañeros que aún confían en el pseudo freno sindicalista de la disciplina, y así dejarán, quizás, de ser contradictorios simpatizando con Bakunin y practicando las ideas de Marx — porque la disciplina en la organización obrera es un rasgo de la herencia marxista que aún sufre el proletariado.

Entre nosotros, entre anarquistas, hablar de ese presunto factor de unionismo proletario es insultar, sencillamente, a la organización obrera orientada por nuestra finalidad revolucionaria, es ensombrecer el esplendor idealista de que marcha circundado nuestro movimiento revolucionario. Porque la disciplina — factor del militarismo — es la antítesis de la libertad, la negación de la conciencia, que debe ser el factor preponderante en toda organización obrera bien orientada.

Pues lo que no logre hacer la conciencia es ridículo que lo pretenda realizar la disciplina.

Que nadie obedezca a nadie ni a jefes ni a principios. He aquí nuestro concepto anarquista de la vida de relación. He aquí — ¡no se asusten los timoratos! — el amplio criterio libertario que informa nuestra doctrina libertaria.

pos del movimiento anarquista... pero la persecución de los tolstoiyanos en Rusia por la dictadura de los zares nos demuestra que nada sufre de seguridad... no se les puede acusar de hechos de violencia; a ellos sólo se les puede hacer una acusación: la de su convicción antiestatista, anticarriera, realmente comunista.

Es notorio que la dictadura soviética es especialmente en tales persecuciones la que da el ejemplo a toda la reacción europea: al combatir a los tolstoiyanos de Rusia con los mismos métodos que el zarismo ruso ha empleado en el pasado justifica el régimen de violencia de todos los Estados occidentales y estimula a éstos a intentar apremiar, a extirpar la propaganda ideológica de la libertad y de la lucha emancipadora. Tememos que el ejemplo de la dictadura de los soviets — del mismo modo que ha depurado al proletariado europeo un Mussolini — haga escuela en todas partes. Pues el Estado burgués imitará con gusto el entenebrecimiento medioeval del horizonte de la vida de la humanidad, que le enseñó un Estado revolucionario.

Por penosas que sean estas persecuciones de las ideas de Tolstoy para sus adeptos en Rusia; ¿puede darse una prueba mejor de la rectitud de sus aspiraciones que este modo vulgar de los gobernantes marxistas ante ellas? Revela que estos gobernantes son conscientes de su infamia al oír sonar en su conciencia los pensamientos de Tolstoy y deben temer que, instruido el pueblo ruso, pueda penetrar la mentira y la traición que ejercen en su nombre y contra él. Pero se engañarán. También el zar blanco creía poder dominar eternamente con la violencia, y fue derribado. Los zares rojos se han descubierto como sus dignos sucesores y su violencia no les podrá preservar de una Rusia que se libertará por sí misma por la anarquía y barrerá el comunismo hacia el lugar donde Aristófanes ha transferido a los dioses de la antigüedad.

En Praga, como se nos informa de allí, dió una conferencia el escritor y camarada ruso Bulgakow, un discípulo favorito de Tolstoy, y dijo entre otras cosas, lo siguiente:

“¿Se puede imaginar algo más inconcebible que la persecución de los tolstoiyanos por parte de los bolcheviquis? ¿En qué pueden ser peligrosos para el gobierno bolcheviqui hombres cuya única preocupación consiste en conformar su vida a las puras doctrinas de Cristo, en ayudar al prójimo y cuyo único recreo consiste en las pláticas ideales? ¿No es una ironía sangrienta la disolución por el comunismo oficial ruso de las comunas libres de los tolstoiyanos en las que se habían reunido pobres campesinos para ayudarse mutuamente según sus fuerzas y vivir bajo todo aspecto en un estado de verdadero comunismo en el sentido indicado en los evangelios? Los tolstoiyanos son más perseguidos en Rusia que los sacerdotes católicos y ortodoxos a quienes el soviet ruso concede la “libertad religiosa”. Hasta sus hijos infantiles son cerrados, lo mismo que las organizaciones de socorro por ellos fundadas para la ayuda a las víctimas de los distritos del hambre. Hasta las sociedades pacíficas que no persiguen otro fin que la dignificación por el pensamiento de Tolstoy fueron disueltas, sociedades de hombres bondadosos que no se ocuparon de la política del Estado en la observación de las doctrinas de su maestro y que en medio del embrutecimiento de los caracteres, sin diferencia de la religión heredada por los padres — hay también entre ellos junto a los cristianos de las distintas confesiones, muchos judíos, musulmanes y budistas — se han reunido para conversar sobre cosas embobecedoras del alma. Todas estas medidas podrían ser defendidas como “altos intereses del Estado” y de la “lucha contra la reacción”. Pero, ¿qué debe decirse cuando la obra del gran profeta de Yasnaia Poliana es perseguida y burnizada con la más estricta severidad? Durante los años del régimen rojo no fue publicada una sola línea del testamento literario de Tolstoy. Y existen todavía de 60 a 80 obras de Tolstoy inéditas cuya impresión

# NOTAS

### Fé

Los camaradas de Italia, en medio del desastre en que ha sucumbido allá todo lo que significaba organización obrera y vehículo de propaganda; en medio de ese siniestro torbellino que llevó a los hombres y las entidades proletarias y sociales; en medio de ese derrumbe formidable ellos han levantado una bandera salvadora, que es un faro en la noche negra: han enarbolado la fe, la gran fe anarquista, que es la vida misma del ideal y que no se pierde jamás por más vicisitudes que pasen sobre nuestra cabeza. Esa fe que ha resistido la guerra, espantosa, el ostracismo interminable, las prisiones y persecuciones a través de todas las fronteras del mundo, que ha permanecido inalterable a través de cincuenta años de lucha en Malatesta, no podía menos que salvarse una vez más y surgir en medio de la borrasca que conmueve a la Italia fascista.

Con fe, con la inmutable e inatacable fe anarquista, reanudarán la propaganda sobre el suelo aislado por el paso de las bordas siniestras, empezarán de nuevo la labor, y, cual hortelanos que han visto devastados por el aridido sus huertos, pero que no se acobardan por eso, vuelven a mover los terrones, a regar el suelo arrasado, para que de lo talado surja el retoño que ha de erguirse mañana como una promesa de futuro.

Y esta es obra de fé, de esa fe que, por ser tan grande, sólo cabe en el pecho de los grandes hombres cuyos pasos son los únicos que marcan huellas en el destino de la humanidad.

### Justicia burguesa

Quedan todavía en el movimiento obrero orientado hacia el comunismo anarquico, ciertos resabios sindicalistas que es necesario combatir para bien del ideal

de libertad que profesamos. El anarquismo debe marchar hacia el porvenir libre de lastres perniciosos, de substancias nocivas que tiendan a empañar su brillo.

Resabio sindicalista es el que hay detrás de esa frase que encabeza estas líneas. Y un resabio que hace muy poco favor a nuestro concepto de libertad. Porque mencionar la “justicia burguesa” presupone la existencia de una justicia proletaria, la aplicación de sanciones dictadas por los trabajadores, y eso requiere la existencia de un gobierno proletario, sindical, un gobierno antiburgués, en definitiva, aunque los que expresan esa frase piensen lo contrario. ¿Existe el concepto? Luego existe la intención de establecer la sanción proletaria.

Eso, que lo piensen, lo sostengan y lo realicen los partidos obreros: que lo accionen todos los autoritarios, todos los proletarios que piensen reemplazar a sus amos en las funciones del gobierno. Pero que no lo piensen los anarquistas, ni que lo nombren siquiera, porque implica manchar el ideal de libertad que sustentamos.

Ni justicia burguesa ni proletaria, porque las sanciones de los hombres serán siempre malas, liberticidas, tiránicas; porque los hombres no son capaces de hacer otra cosa con el poder que tiranizar a los débiles, jamás arbitrar justicia.

Deshechemos, pues, esa idea de “nuestra” justicia, ya que, si somos libertarios, no manejaremos nunca el poder y no tendremos, por consiguiente, la oportunidad de medir a los burgueses con la vara que nos han medido.

No hay justicia burguesa ni justicia proletaria. Lo es que no estamos de acuerdo en que los hombres no son capaces de administrar sino la injusticia?

### Tolstoy prohibido en la Rusia de los soviets

Lo equivocada que es la interpretación de aquellos que sostienen que se debe ver en la “dictadura del proletariado” marxista un progreso general socialista, nos lo demuestra la persecución como vedada de los anarquistas tolstoiyanos en Rusia.

Como se sabe, la dictadura soviética sostiene siempre que no persigue a los anarquistas a causa de sus doctrinas, sino a causa de sus hechos. Esta afirmación ha sido refutada como mentirosa desde hace mucho por los representantes responsables en el extranjero de los gru-

es prob...  
viquis, l...  
fue decl...  
do que...  
trinal y...  
Es...  
confisca...  
Tolstoy...  
quis? ...  
inéditas...  
de Tolst...  
Rusia p...  
las edit...  
formul...  
gurada...  
el que...  
Por l...  
Tolstoy...  
es com...  
Instru...  
han en...  
dos los...  
ha decl...  
nopolio...  
Bakuni...  
Goatsc...  
de Kro...  
Koff. E...  
estos e...  
ception...  
interés...  
del hec...  
La...  
resuel...  
mat...  
pacif...  
y en...  
taris...  
rio fr...  
para l...  
dores...  
do: pr...  
jo, el...  
Do...  
preoc...  
o más...  
de ju...  
tubid...  
arqu...  
sonal...  
en los...  
anarqu...  
ficult...  
sospe...  
pañer...  
narios...  
desco...  
del t...  
tidad...  
produ...  
lizan...  
qué f...  
más...  
An...  
sa la...  
no ti...  
homb...  
el no...  
brir...  
gues...  
de se...  
mo t...  
gan...  
Cu...  
polit...  
lo en...  
cohe...  
sien...  
su a...  
que...  
pues...  
dica...  
here...  
se-d...  
gún...  
favo...  
bert...  
quis...  
al p...  
Es...  
mo...  
tado...  
no l...  
com...  
ran...  
las

es prohibida por los gobernantes bolcheviques, pues toda la herencia de Tolstoy fue declarada "monopolio de Estado", dando que consisten en las obras de Tolstoy y las obras de Tolstoy.

Estas obras de Tolstoy significan la confiscación estatista de las obras de Tolstoy por los gobernantes bolcheviques; significa que no sólo las obras inéditas, sino en general todas las obras de Tolstoy no pueden ser editadas en Rusia por nadie. Que el Estado ruso no las editará o las editará únicamente en forma por completo censurada y desfigurada es fácilmente comprensible para el que conoce las obras de Tolstoy.

Por lo demás, no son sólo las obras de Tolstoy las que cayeron en ese destino; el comisariado del pueblo ruso para la "Instrucción" — que hermoso nombre han encontrado los bolcheviques para todos los monopolios rapaces del Estado! — ha declarado recientemente también monopolio de Estado las obras completas de Bakunin, de Dotoyevsky, de Gogol, de Gontcharow, de Herzen, de Korolenko, de Kropotkin, de Turgenyev y de Tschekhoff. El que conoce las obras de todos estos escritores sabrá que, con pocas excepciones, ningún Estado puede tener un interés en su difusión; esto aparte ya del hecho de que un Bakunin, un Tolstoy

o un Kropotkin no habrían dejado nunca declarar sus escritos como propiedad estatista. Escribieron para el pueblo al pueblo pertenecen sus obras y al pueblo se son ahora arrebatadas.

En esta medida, en esta confiscación monopolista-estatista y en esta opresión de las obras de hombres como los nombrados, se revela la violencia despótica de la incultura del comunismo de Estado, del marxismo. Como para él no son sagradas ni la vida ni la propiedad del pueblo, atenta ahora contra su espíritu en el espíritu de aquellos hombres que quisieron conducir e instruir a su pueblo para la emancipación contra el Estado.

Pero quizás sea esta opresión de las obras de Tolstoy y de los demás una señal oportuna para la humanidad: Aprenda a conocer lo odioso que es el comunismo de Estado y podrá contenerse en su camino antes de que consiga devorarla. Ojalá reconozca la humanidad en este sacoso que: Comunismo de Estado equivale a engaño y a despojo del pueblo; el comunismo es posible como fundamento social económico después de la abolición del Estado. Tan sólo en la anarquía, en la sociedad antiautoritaria existe la fraternidad por la libertad.

De Erkenntnis und Befreiung — Viena

de en línea general con la orientación aceptada por toda la organización. Si eligen anarquistas, quiere decir que la mayoría de los socios tiene las mismas tendencias hacia el anarquismo.

Por lo demás, los empleados confían en los cargos mientras contienen a la masa de los asociados, y también mientras los empleados creen conveniente continuar. Cuando la masa de los asociados pidiese a un empleado suyo realizar una acción que a él no le pareciese en armonía con sus opiniones, será dejado en libertad de no hacerla o bien abandonará el puesto que ocupa. Si es un anarquista, lo importante para él, mientras permanece en el puesto que le fué confiado, es que en su empleo no haga nunca obra antianarquista, y conserve al empleo mismo el carácter no autoritario de pura y simple administración y de ejecución de las deliberaciones de las masas organizadas.

Esto no es imposible. Aún no siendo anarquista, el sindicato puede tener una orientación general revolucionaria y libertaria; puede de todos modos ser tal que no obligue a su secretario anarquista a obrar en contradicción con sus ideas. Por su parte bastará que este no se sirva de su puesto para imprimir a la organización un estrecho carácter de partido; pero nadie podrá impedirle que, personalmente, obre como anarquista. Es decir, él puede hacer, individualmente y en el seno de su partido, obra de anarquista sin lesionar esas normas de relativa neutralidad sindical en que se basa la organización; y puede cumplir en la organización todo su deber de actividad sindical, sin que esta deba ponerlo forzosamente en contradicción con sus ideas anarquistas.

Si examinamos la cuestión de la asunción de los cargos sindicales por los anarquistas, no ya desde el punto de vista de los principios sino desde el de la oportunidad y conveniencia prácticas, la cosa se presenta bajo un aspecto diverso.

El movimiento anarquista, por su particular naturaleza está destinado a ser, excepto en ciertos momentos especiales, un movimiento de minorías, de pequeñas minorías. Y estas minorías están compuestas casi exclusivamente de obreros, entre los cuales aquellos que tienen la posibilidad, los medios y la ocasión de hacerse agitadores, organizadores, oradores o escritores son siempre muy pocos, del todo insuficientes para las mismas necesidades de su movimiento de partido. Esta pobreza de hombres, llamados exponentes, del anarquismo es una de las causas de su debilidad; y es natural que su interés consista en cuidar de no perder los pocos hombres que tiene, y que estos no dispersen su actividad en otros movimientos más o menos afines, buenos y simpáticos también, pero diversos y lejanos del anarquismo.

Ciertamente el movimiento obrero, desde el punto de vista revolucionario es del mayor interés para los anarquistas; es el movimiento en el cual los anarquistas tienen mejores y mayores oportunidades de desenvolverse su actividad. Sin duda el movimiento sindicalista revolucionario de la clase obrera es el más afín al movimiento anarquista propiamente dicho. Y si este último tuviese energías suficientes para todas sus funciones, faltaríase a sí mismo si no dedicase una gran parte de ellas a la función que le corresponde ejercer en el movimiento sindical y proletario.

Pero desgraciadamente no es así en la mayor parte de los países. Casi en todos lados la escasez de hombres y de fuerzas obliga a los anarquistas a limitar su campo de acción; y lo más importante para ellos, la cosa principal, es tener en pie su movimiento y atender la propaganda de sus ideas, mantener vivos sus grupos y organizaciones de partido, asegurar la publicación de sus periódicos, etc. El movimiento obrero viene inmediatamente después; pero si éste que a su vez nunca tiene bastantes hombres a su disposición, absorbe la actividad de muchos anarquistas, y precisamente de los más activos e inteligentes, resulta que el movimiento anarquista se realce de ello. O éste concluye por ser demasiado descuidado, o bien acaba confundiendo

se y difundiéndose en el movimiento obrero, perdiendo sus características y fuerza de propulsión. Si a veces consiguen por un momento de las necesidades prácticas y contingencias de la vida suyo autónomo y puramente idealista, el anarquismo puede desaparecer en estado de oportunista y antilibertario.

Por esta necesidad de mantener vivo un movimiento anarquista de partido, es decir, un movimiento que sea solamente anarquista, es que se acostumbra decir movimiento político para distinguirlo del movimiento en el terreno económico de los sindicatos, — muchos anarquistas (y yo entre ellos) ven con escaso entusiasmo y quizá con un poco de recelo, que el movimiento obrero absorba la obra y la actividad de demasiados elementos anarquistas, de los mejores.

La experiencia nos ha demostrado, casi en todas partes, que los anarquistas más inteligentes y activos que se dedican al movimiento obrero y sindical, con raras excepciones, acaban no ocupándose más del movimiento anarquista. Algunos, por decirlo así, olvidan su propio anarquismo. Yo recuerdo, al respecto, la respuesta que me dió en 1906 Emilio Pouget en París, la única vez que tuve ocasión de hablar con él. Yo pregunté al antiguo director del *Père Peillard*, que había escrito una página tan bella en el movimiento anarquista francés y entonces se dedicaba exclusivamente al movimiento obrero de la C. G. D. U.: "¿Sóis siempre anarquista?" — "Sí, soy anarquista, pero la anarquía no me interesa más".

Esta es, en efecto, la mentalidad y la psicología que se forman en los anarquistas, como en todos los otros, que se dedican al movimiento sindical, se especializan en él y no se ocupan de más nada. Por lo demás se explica que no se ocupen de otra cosa, ya que el movimiento obrero es de tal modo absorbente, tiene tales y tantas necesidades, que el que se deja coger en sus engranajes no tiene tiempo de dedicarse a ninguna otra cosa. "No tengo tiempo para leer nada, menos algún periódico", me decía un excelente compañero secretario de una importante cámara del trabajo italiana. Construido a ocuparse todo el día de horarios, de tarifas, de desavenencias con los patronos, de huelgas, de boicots, de concordatos, de tarjetas, de registros, de inscripción de socios, de asambleas de gremios, etc., es explicable que un anarquista acabe por pensar cada vez menos en los problemas del anarquismo, por participar escasamente en la vida de los grupos anarquistas, por no colaborar en los periódicos de su partido, etc.

En línea general, el anarquista absorbido por el movimiento obrero no pierde sus convicciones íntimas, no deja de ser anarquista. Antes bien, es su conciencia anarquista la que guía e inspira su actividad sindical; y es por mérito de su anarquismo interior que ejerce una influencia revolucionaria y libertaria entre el proletariado organizado, aunque no habla explícitamente de anarquismo, pone la etiqueta anarquista sobre cada uno de sus actos. Esto es lo que constituye el lado sumamente útil y beneficioso de su obra, por lo que, entre otras cosas, los anarquistas son partidarios convencidos de participar en el movimiento sindical y obrero. Y si el anarquismo tuviese exuberancia de hombres faltaría a uno de sus cometidos más importantes, obedeciendo a la ley de la división del trabajo, un número suficiente de ellos no desenvolviese su actividad en el terreno económico y sindical.

Es sólo la escasez de elementos activos, como agitadores y organizadores, lo que sugiere a los anarquistas el ser un poco avaros; vale decir, preferir que sus compañeros mejores y más activos se comprometan en los cargos de las asociaciones obreras, que poco a poco los absorban completamente y los arrebatara a la lucha específica por la anarquía. Este es un efecto de egoísmo de partido, lo legítimo pensar sólo de la necesidad.

Esta norma de que los elementos activos del anarquismo se abstengan de aceptar cargos en las organizaciones sindicales, sugiere por sus consideraciones de oportunidad y de principios — no puede ser entendida natu-

## LOS ANARQUISCAS Y LOS CARGOS SINDICALES

La gran mayoría de los anarquistas ha resultado desde hace mucho tiempo afirmativamente el problema de la participación o no en la organización sindical y en el movimiento de clase del proletariado. También el problema, secundario frente al precedente, de la necesidad para los sindicatos de nombrar organizadores y secretarios estipendiados ha sido pronto superado por los hechos; bajo el imperio de la necesidad.

Desde entonces, en cambio, ciertas preocupaciones de origen individualista, o más bien amorfista, es cuando se trata de juzgar de la conveniencia, de la oportunidad y de la coherencia para los anarquistas de asumir ellos mismos, personalmente, cargos, estipendiados o no, en los sindicatos obreros. Entonces hay anarquistas que hallan un cúmulo de dificultades, levantan dudas y sublevan sospechas y desconfianzas hacia sus compañeros que han sido nombrados funcionarios de organización. Estos críticos y descontentos son casi siempre elementos del todo despreciables en cuanto a cantidad y calidad; pero sus murmuraciones producen un efecto deletéreo y desmoralizante: por eso no será malo examinar qué fundamento pueda tener su actitud más o menos hostil.

Ante todo hay que poner fuera de causa la cuestión de la coherencia, que aquí no tiene sentido. El anarquista es un hombre como todos los otros, y si para él no es incoherente aceptar trabajo, cubrir un empleo privado en talleres burgueses, no se comprende por qué había de ser incompatible para él hacer el mismo trabajo administrativo para las organizaciones obreras.

Cuando este trabajo asuma carácter político, o en relación con la política, sólo entonces se podrá hacer cuestión de coherencia; pero el anarquista seguirá siendo coherente a sí mismo mientras su acción se desenvuelva en un plano que no contraste con sus ideas. No es, pues, el hecho de ser un funcionario sindical el que implica una cuestión de coherencia, sino la acción que como tal se desarrolle: acción que podrá ser, según los casos, indiferente, es decir, ni favorable ni hostil a las directivas libertarias, o bien con orientación anarquista, o con una orientación contraria al programa anarquista.

En este último caso el anarquista, como tal, habrá caído en error, habrá faltado a su fe. Pero será responsable él y no la organización que errores, incoherencias, faltas se pueden cometer; y se cometen en realidad, dentro y fuera de las organizaciones, en cada forma de la

propia actividad política y social, en la propaganda, en el periodismo de partido, etc., etc.

Cuando se habla de la posición de los anarquistas en las organizaciones obreras, hay que tener siempre presente el concepto que ellos tienen de la organización.

Este concepto es no sólo concievable con la organización en sí, sino también con la delegación a determinados encargados de las varias funciones a través de las cuales se manifiesta exteriormente. En la misma sociedad anarquista las organizaciones de producción y de consumo tendrán necesidad de administradores. Pero serán administradores, no gobernantes; serán ejecutores, no órganos de liberantes; la suya será una delegación de funciones, no una delegación de poderes. Así es como hoy, en el concepto de los anarquistas, deben ser las organizaciones obreras, en las que los cargos sociales han de ser puramente administrativos y ejecutivos, una función y no una potestad.

Desgraciadamente, muchas organizaciones actuales, sobre todo las reformistas — pero también no pocas de las sedicentes revolucionarias — están bien lejos de tener un carácter y una orientación de esta especie. En muchas de ellas los cargos sociales, las secretarías, los consejos y las comisiones ejecutivas son verdaderos gobiernos en miniatura, tan autoritarios y soberbios como los gobiernos propiamente dichos. Se sobreentiende que los anarquistas estarían fuera de lugar en cargos de tal género. Su función no podría ser otra que la de combatir la orientación autoritaria de esas organizaciones, sea desde dentro, formando parte de ellas como simples gregarios mientras ello es compatible con su autonomía y dignidad, sea desde fuera, con la propaganda, o favoreciendo contra ellas el surgimiento de organizaciones nuevas que respondan más a los modernos criterios de libertad y de igualdad.

En cambio, cuando las organizaciones sindicales tengan una constitución libre, no sectaria sino abierta a todas las corrientes ideales, que garanticen el máximo de autonomía a las partes que las componen, cuando estén basadas en múltiples pactos que excluyan toda organización coercitiva y todo autoritarismo de jefes, entonces no veo por qué los anarquistas no podrían ser sus exponentes como organizadores, secretarios, administradores, propagandistas, etc.

Por lo común las organizaciones obreras confían los cargos de organizadores a aquellos de sus socios que están de acuer-

brevemente todos los elementos constitutivos de la libertad en el arte. Un hombre es libre en la medida de lo que es capaz de expresar; toda expresión es una liberación.

# Literatura-Arte-Ciencia

## TÉCNICA Y PERSONALIDAD

Antes de proseguir diré que el artista está obligado a expresarse con gracia, es decir, sin esfuerzos. Gracia es la economía de esfuerzo. Un joven salta con gracia, porque tal demostración de agilidad es digna de sus fuerzas, no así de las de un viejo. Se dice que un hombre habla bien cuando habla sin esfuerzo mental visible, cuando sus palabras no cubren sino que desnudan el pensamiento por su justa claridad. La armonía expresiva se produce cuando la técnica es justa y la personalidad clara. Técnica es el conjunto de elementos de expresión. Personalidad es el grado de intensidad de expresión que cada espíritu posee. Desde ya, podemos establecer el siguiente postulado: la técnica es más simple cuando más potente es la personalidad.

La técnica lleva a la servidumbre cuando la personalidad no restringe el imperio de aquella. El hombre tiene libertad para expresarse en actos y en ideas; pero, dependerá de aquel que exprese lo que él es incapaz de expresar. Un hombre es esclavo de las necesidades que le crea el medio en que se desenvuelve; y tiene más necesidades cuanto más culto es. El progreso crea deseos; la cultura los satisface. La técnica es elemento de cultura; el progreso es la historia del desarrollo de la personalidad individual. Un hombre, en el afán de apoderarse del mayor número de elementos de cultura, progresa; es decir, fortifica su personalidad que por medio de la sensibilidad llega hasta la expresión.

Llámase decadencia al estado de cultura en que la técnica es más rica que la personalidad. Esto sucede después que un hombre de genio deja exhaustos los medios expresivos. Todo genio es precursor de decadencia, es la síntesis de una época de progreso. Todo artista es aprendiz de genio.

El espíritu sólo conoce relaciones; aquellos que relacionan ideas que a simple vista parecen no tener puntos de contacto, son los mejor dotados. De tal manera que al espíritu no le interesa la realidad en sí misma, tanto como el efecto de las relaciones de su conocimiento con la realidad, es decir, la apariencia sensible.

De esta manera, el mundo del conocimiento es el mundo de la forma. Toda manifestación humana es sólo forma de expresar las relaciones sensibles. Pero, existe cierta clase de expresión que no puede ser colocada dentro de la norma anterior; tal es el deseo. Desear es expresar una necesidad de relación. Venos, entonces, que hay tres etapas en el estado de relación: deseo, emoción y expresión. La emoción es hija de la personalidad y la expresión de la cultura. Todo artista debe ser romántico en la emoción y clásico en la expresión.

Llamo romántico al espíritu que acicateado por el deseo, cree en la ilimitada perfección humana. Clásico es todo límite de perfección. Cuando un artista quiere expresar sus sentimientos, esa lucha consiguiente, esa búsqueda de la forma presentida, ese continuo avanzar de su progreso expresivo, ese discernir de la expresión y de lo que va a ser expresado, todo esto forma la etapa romántica de la expresión. Pero cuando el artista ha dejado descansar su inquisitoria sobre un cánón que él cree definitivo, siente la calma de haber llegado, su progreso ha encontrado un límite, y entonces es clásico. Su espíritu ha progresado a través de la expresión en busca de una forma que emancipe la personalidad de un deseo de cultura.

Cuando la sensibilidad es potente, la limitación entre la técnica y la personalidad es difícil. Así como un obrero inteligente maneja sus herramientas con destreza comunicándole la sabiduría manual que él posee, así como un hombre de laboratorio coloca sin medida la cantidad justa de reactivo que necesita, así también el hombre de arte debe tener la capacidad suficiente para establecer una estrecha relación entre los elementos de técnica que posee y su personalidad. El artista no debe conocer las cosas por su forma solamente, sino también por su esencia íntima; es preciso que haya vivido un momento la vida de lo que quiere expresar. Es decir, conocer las cosas en su formación y no en su historia. Es necesario que la sensibilidad coesche sabiduría de las cosas para que la sabiduría técnica sea un resultado de aquella.

Una idea que nace por generación espontánea, es el resultado de nuestro progreso y cultura. La personalidad se sintetiza en voluntad de expresión. Los elementos de técnica son como las piezas

de ajedrez; están a disposición de la inteligencia; aquéllas obedecerán pasivamente a los impulsos de ésta; es signo de talento el colocarlas en el sitio eficaz. Nada hay que impida jugar bien; sólo la carencia de facultades para hacerlo, es decir, la propia personalidad. Una idea es nuestra, aún cuando no la

hayamos pensado nunca, siempre que seamos capaces de entenderla cuando nos la expresen. La personalidad está en lo que no ha sido expresado todavía, en lo que la inteligencia puede comprender sin haber aún expresado. Tal es la relación entre técnica y personalidad. Pablo LOJAS PAZ.

### SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES



PEDRO FIGARI "Diligencia".

## Los conservatorios y la enseñanza oficial del arte

Antiguamente, cuando un niño tenía vocación artística, sus padres lo confiaban a algún maestro de renombre, que supiera sacar buen partido del talento del principiante; el método era sencillo: no hacerle perder tiempo. Cuando los padres de Beethoven niño lo confiaron a Neefe, éste, conociendo sin duda con quien se las había, luego de imponerle los ejercicios de rigor le inició en las obras de Juan Sebastián Bach.

Si Beethoven hubiera nacido en nuestros días, hubiera sido llevado a un Conservatorio particular u oficial, donde un

maestro muy rígido, muy celoso de su importancia, como Aguirre, Thibaud, Gaito, Liazzini, etc., le hubiera hecho recorrer el mismo camino en cierta cantidad de tiempo para sacarle la mayor cantidad de dinero. Y en lugar de lecciones concienzudas, de las que el alumno saliera edificado y compenetrado con los maestros, hubiera tenido que hacer largas antesalas mientras oía dar clase a una quincena de alumnos que lo precedían en turno, a la vez que penetraban en el recinto otra quincena más, tomando su ubicación con tiempo para salir lo antes

ralmente, más que en un sentido muy relativo, tendencial, esto es, subordinada a las circunstancias, a los temperamentos individuales, a las necesidades inmediatas o locales, etc. En una palabra, según las posibilidades.

Aparte los casos individuales, sobre los cuales es inútil discutir, — es decir, cuando se dedican al movimiento obrero elementos anarquistas que de modo especial son impulsados por su propio temperamento o por sus propias tendencias y aptitudes particulares, — es cierto que hay otros casos especiales, de ambiente o de circunstancias, en los que a los anarquistas les es casi imposible substraerse al encargo de ser los exponentes de este o aquel movimiento sindical.

¿Cómo podrían, por ejemplo, negarse los anarquistas cuando de su aceptación o no dependiese la vida misma de una organización importante y necesaria?

Pongamos otro ejemplo. Si los anarquistas pertenecientes a una organización autoritaria y reformista consiguen, con la crítica y la propaganda, convencer a la mayoría de los organizados de la

necesidad de cambiar de método, persuadirlos de que los organizadores en cargo perjudican el movimiento, etc., la consecuencia más natural será que estos organizadores dimitan o sean exonerados del cargo por los obreros mismos. Los cuales, casi ciertamente, querrán substituir los viejos organizadores con otros nuevos, elegidos precisamente entre aquellos anarquistas que han logrado convencerlos de la mayor bondad de sus métodos. ¿Cómo podrían estos anarquistas rechazar, no aceptar? Los obreros tendrían todas las buenas razones para decir que los anarquistas son capaces de criticar lo que hacen los otros pero no de hacer el bien ellos mismos.

Además los trabajadores podrían decir a los anarquistas: "Si queréis que los cargos sociales tengan un carácter libertario, los más aptos para ocuparlos sois vosotros los libertarios; si criticáis a vuestros adversarios significa que os sentís en grado de hacer mejor que ellos; y si queréis que la organización viva y mejore, — y los cargos sociales deben ser desempeñados por alguno, — tá a

ellos vosotros mismos." El razonamiento no carecería de lógica, por cierto.

Además no hay que descuidar otro asunto. Vale decir, la necesidad de substraer las organizaciones obreras a la pernicioso influencia moral que en ellas ejercen, desde los cargos, los adversarios de los anarquistas. Los anarquistas, por otra parte, tienen un interés propio, — ideal y moral, se entiende, — en que los cargos de las organizaciones obreras sean cubiertos por individuos lo más posible cercanos a ellos por sus ideas y sentimientos. En momentos revolucionarios, ese interés moral puede volverse material, oíría casi estratégico y completamente decisivo para la suerte de la revolución.

La cuestión, como se ve, no puede ser resuelta con un tajo limpio. Hay excelentes razones en pro y otras tan excelentes en contra. Lo mejor es dejarse guiar, sin apriorismos dogmáticos y absolutos, por el amor a la causa anarquista y revolucionaria, amor que según los

casos y las circunstancias aconsejará lo que será mejor hacer. No tratándose de una cuestión de principio, sino de oportunidad, las necesidades del momento y la experiencia impulsarán a regularse ora de un modo, ora de otro.

Lo importante es que, siempre, se tenga por guía la idea; vale decir que no se subordinen las necesidades del fin a las necesidades de los intereses ocasionales, o, peor aún, de los intereses personales. Cuando se habla de "necesidad", aunque sea del momento, se entiende siempre la necesidad de la causa anarquista y revolucionaria, y no la subordinada de los órganos e instrumentos que tienen valor sólo en cuanto y hasta tanto sirvan al progreso y al triunfo del ideal superior.

*Luigi Fabber*

posible; desde luego que las enseñanzas del "profesor" se vertían en un espacio brevísimo, pues un alumno no tiene ni puede tener derecho a acaparar para sí el tiempo que lógicamente necesitare, sabiendo que una veintena están a sus espaldas esperando turno. ¡Habría necesidad de preguntarse qué puede aprenderse en dos lecciones semanales de rapidez inconcebible, ejecutando estudios y piezas de Bach, Chopin, Beethoven, Liszt, etc., tragando todo esto y no digiriéndolo; digámoslo de una vez: no se aprende en los Conservatorios: se tragan conocimientos de toda especie, se atrofia el cerebro con tanta mezcolanza, y se cae en la indiferencia: en la ejecución maquina, en la completa ausencia de emoción para los que se dedican a ejecutarlos, que de los compositores no hablemos: aquí todo es retórica.

Pero lo más desvergonzado es la farsa de los exámenes de fin de curso. El alumno sabe, con meses de anticipación, los estudios que deberá ejecutar ante un jurado de dignísimos profesores, que, con el aburrimento y la indiferencia consiguiente, escuchan y clasifican con "diez" y "menciones especiales" a granel. Y esto sucede con los alumnos de adentro, que con los de las sucursales el caso es algo más divertido. Véase: Llegan las maestras con verdaderas legiones de pobres alumnos; vienen de lejos, de regiones inconcebibles; algunos traen incluso camisa y algo más; supongamos que llegan sesenta: podéis colocar dinero al 10 contra 1, que los sesenta serán examinados con éxito, felicitados y "diplomados"; de lo contrario la maestra no concurriría más a un conservatorio donde tuvieran la desfachatez de rechazar algún alumno en los exámenes y se iría a otro; y justo es reconocer que en este caso las ganancias líquidas de fin de curso disminuirían más de lo conveniente y el conservatorio no podría sostenerse, para bien del arte y de alguna otra cosa más.

Y las ganancias no sólo son exorbitantes con el asunto derechos de examen, sino con la venta de certificados, diplomas y premios; un director avisado sabe muy bien, sin necesidad que se lo adviertan, que un certificado que le cuesta en la imprenta diez o quince centavos, no puede concederse por menos de diez o quince pesos, y que un diploma, que para no quedarnos cortos, quizás le cueste veinte centavos, deberá costar al idiota que se lo lleve a casa para ponerlo en marco y que lo vea el mundo entero, de veinticinco a cien pesos.

Verdad que la satisfacción de sentirse "profesor" no puede ni debe ser medida con dinero. ¡El arte ante todo!

Y este es el procedimiento de enseñanza en todos los conservatorios.

\*\*\*

Ahora bien: se habla de la "confección" de un conservatorio de música municipal; podemos afirmar, sin temor alguno de errar, que el resultado será malo, malo a no poder más, porque, ¿quiénes son los maestros que enseñarán, que educarán espiritualmente a la juventud, que les enseñaren a ver las mentiras convencionales de los estilos, en boga, que les hicieren odiar las fórmulas vacías de sentido, la instrumentación barroca a lo Williams o efectista de Gaito, a detestar el instinto de la improvisación y la creencia en el genio inspirado y a amar el trabajo paciente, metódico y a conciencia?

¿Quién es de nuestros compositores consagrados, de nuestros reputados maestros, que tenga el sentido de la forma, del equilibrio orquestal, del contrapunto, el amor, en fin, a los grandes maestros del pasado y a sus enseñanzas? ¡NINGUNO!

Y aún cuando lo hubiese, aún cuando sus enseñanzas fueran buenas y saludables, (y esto toca la cuestión capital de nuestros tiempos), ¿qué haríamos con toda una generación de hábiles contrapuntistas, armonistas, instrumentadores, si después de haber resumido la ciencia y el fruto de siglos se ven obligados como hoy día, a vegetar tocando fox-trots y valeses sentimentales siete u ocho horas diarias en algún café o cinematógrafo, o tonadillas en algún teatro, que les quitarán las ganas de todo menos de ahorrarse? ¿o lo que quizás sea peor, verse obligados a mendigar una cátedra escolar, para enseñar el himno nacional y el saludo a la bandera a los pobres chicos que lo que desearían sería estar divirtiéndose al sol, que no cantando tonterías? (1).

¡Escuelas de arte! ¡Arte oficializado! ¡Enseñanza oficial!

Una vez más sea dicha la vieja novedad: no son las instituciones las que deben cambiar, como lo creen los pedagogos graves y los intelectualistas ingenuos; son los fundamentos mismos de la sociedad; todo reformador no es más que un reaccionario, pues colabora en el orden social establecido, y además de reaccionario, es ridículo, pues pretende ornamentar y hacer agradable un edificio construido sobre arenas movedizas.

Juán Carlos PAZ

(1) Es el mismo caso que el de un alumno de una escuela de arquitectura o de arte aplicado en general, que después de conocer y de trabajar todos los estilos con talento, buen gusto y mil cosas más, cayera, como se ve a diario, en manos de un constructor que a todo proyecto o idea renovadora contestara: "amigo, usted sabrá mucho, pero... hay que hacer el gusto del que paga".

## La pequeña

Es una fría noche de primavera. A través de los encajes que cubren los cristales de la puerta del comedor, se ve a la familia Hernandez reunida en plácida sobremesa y sonriendo a un tema amable cuyo comentario obliga a prolongar el ambiente tibio y propicio. El murmullo de las voces trasciende mezclado con el timbre agudo y alegre del cascabel de un perrito de aguas que va y viene por debajo de la mesa, olisqueando.

De pronto el diálogo se interrumpe. La señora corta bruscamente una de sus frases, dejando inconcluso en el aire un armonioso ademán. Impulsada por una idea repentina se levanta de su ancho sillón y abriendo la puerta con movimiento vivo, llama desde allí: — ¡Palmira! ¡Palmira!

Palmira es persona del servicio de la familia Hernandez. Ha cumplido nueve años y no se la ocupa en pequeñas propias de esta edad; ceba mate, limpia los broncees, barre la casa y va por los mandados a la tienda y al almacén. Desde que sus padres la abandonaron en manos extrañas — ella no recuerda cuando sucedió ese simple y terrible acontecimiento — vive, sin explicarse la causa, en continua angustia y sobresalto. Por esto, a pesar de su dulce carácter, mira a todo el mundo hoscamente por debajo de un mechón de cabello que se empeña en caerle sobre los ojos.

— Esa noche al oír el llamado imperativo, sintió que con más fuerza que nunca el embargaba el temor a lo desconocido y apremiadamente, desde la cocina, contestó con voz apenas inteligible:

— Voy, señora.  
— ¿Voy, señora? — te has olvidado de regar las plantas?  
— ¿preguntó como censurando y exasperada la señora Hernandez.

— Palmira articuló un vago y sumiso: — Voy, señora.  
Ya más tranquila, la señora vuelve a entrar al comedor y Palmira se dispone a llevar a cabo el último pequeño servicio del día.

Toma de un lavatorio una jarra alta y picuda y va hacia el grifo. En la penumbra de un rincón del patio lo busca tanteando: lo encuentra al fin y lo abre. El agua cae rumorosa en el fondo de la jarra, la que empieza a vocalizar vagamente. "Aaaa..." cree Palmira que le dice, y, al ascender el líquido, "oooo..." y luego, cuando está mediada, "eeee...". Entonces la pequeña cierra el grifo, porque sabe que la jarra llena es muy pesada para sus débiles brazos. Se apresura a llevarla hasta la tina más próxima, la vuelca y vuelve a repetir la operación primera.

Aaa... ooo... eee..., canta la jarra. El canturreo llega hasta el comedor y obliga a la señora que lo sigue con oído atento a asomarse nuevamente.

— ¡Palmira! ¡Palmira! — le grita — ¡Haragana! así no concluirás nunca; lleva la jarra.

Palmira sobrecogida obedece. El agua al caer parece entonces que le dice: — "aaa... ooo... eee..." y cuando se llena, una "iii..." que huye rápida hasta derramarse con un "plá... plá..." que le da frío. Así desbordante prueba levantarla. Con una sola mano apenas la arrastra; emplea las dos, la toma del asa y del pico y, reuniendo todas sus fuerzas, consigue levantarla hasta el nivel de su cabezita. ¡Oh!, qué peso formidable! Apreta los dientes, crispas las manos, da dos pasitos apresurados y, sofocada por el esfuerzo, tiene que abandonarla en el suelo. Mientras el agua le ha caído a los vestidos y la humedad penetra hasta sus carnes haciéndola estremecer.

Poco a poco llega hasta otra tina, pero la distancia le parece ahora enorme, y la sucesión de ventrudas tinas, interminable. Vuelve una, dos, diez veces... Ya no puede más; está exhausto, empapado, tiritando.



En ese instante, del comedor surge un coro de caras y espontáneas carcajadas que festejan la agudeza de un chiste. El cascabel del pequeño perro de aguas multiplica su tintineo participando de la animación de sus dueños. Palmira escucha, en medio del patio helado, ese desborde de alegría, y como si una luz misteriosa la iluminara, de pronto, tiene por vez primera la intuición de su dolorosa vida. Algo que ella no alcanza a definir, una angustia infinita va oprimiéndole el pecho y la garganta, y sacude, al fin, haciéndolo vacilar, todo su endeble cuerpecito.

Una voz desgarradora se expande entonces por la sombría casa: — ¡Mamá! ¡Mamá! — prorrumpe la pequeña, buscando en su abandono el calor de unas téjanas caricias maternales. Pero nadie la oye y por largo rato queda así sollozando caída sobre el mármol del pavimento.

La voz indiferente de la señora, que le habla en la penumbra, la despierta.

— ¿Has concluido?  
Palmira, que ha empezado a comprender la vida, miente por primera vez:

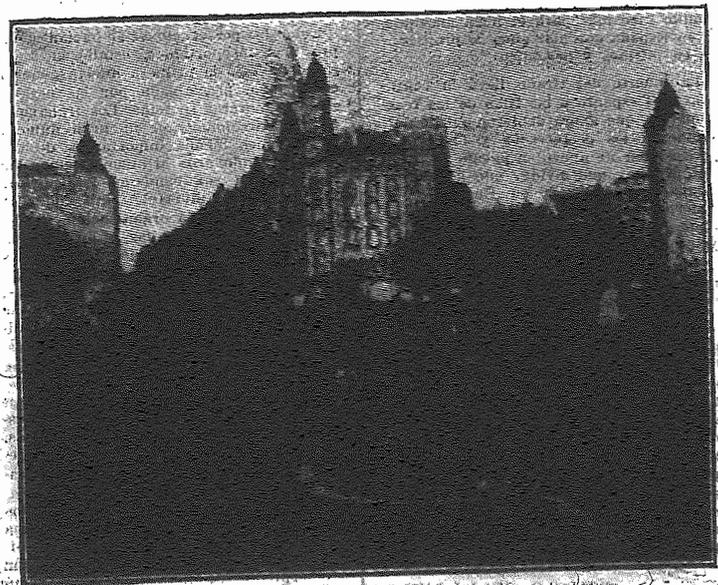
— Sí señora.  
— Bien, vete a dormir.  
Y Palmira se retira a su cuchitril para descansar de los pequeños trabajos del día; y al dormirse, vencida por la fatiga y el dolor, sigue oyendo la canción obsesiva: "aaa... ooo... eee... iii... plá... plá... aaa... ooo... eee... iii... plá... plá...".

R. Francisco MAZZONI

No hay que confundir la "voluntad de gobernar" con la "voluntad de poder". La primera es la de gobernar a los otros, la segunda es la de gobernarse a sí mismo. Los hombres que desean la independencia deben poseer la voluntad de poder sin la voluntad de gobernar.

Ananda COMARASWAMY.

## SALÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES



AUGUSTO BARTEAU

Plaza del Congreso

ARNOLD ROLLER

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

El presente trabajo "Blätter aus der Geschichte des spanischen Proletariats, zum zehnten Jahrestag der Hinrichtung Michel Angiolillo, von Arnold Roller, mit einem Vorwort von Pedro Vallina (Verlag: "Revolutionär", Berlin, 1907) contiene un resumen objetivo de los hechos más salientes de la historia del proletariado español desde 1848 hasta 1907. Traducimos con gusto estas páginas interesantes escritas en alemán sobre uno de los pueblos en que el movimiento obrero tiene una historia más digna de ser conocida y que si hasta ahora, si es verdad que supo producir hechos y gloriosos episodios, no ha sabido recogerlos y presentarlos como un estímulo a las generaciones venideras en una forma escrita.

Por nuestra parte nos hemos permitido ampliar con algunas notas lo relativo al desenvolvimiento de la primera Internacional en España y a la lucha contra el marxismo.

Nos guía en la publicación de este folleto la convicción de que el conocimiento de nuestra historia es un factor tan instructivo como el conocimiento de la realidad.

Nota de Redacción.

PROLOGO

Como el más salvaje y el más cruel enemigo de todas las aspiraciones de libertad, el presidente español de ministros Cánovas del Castillo escribió la historia del pueblo español durante su período enteró de gobierno con sangre y lágrimas. Ya viejo y próximo a su fin, quiso aún coronar la obra de su vida, — como esperaba, — por la aniquilación definitiva del espíritu revolucionario, que se anunciaba entonces en España por un poderoso movimiento anarquista creciente y también en Cuba y en Filipinas por la revolución de la independencia.

Obra suya fué la horrorosa tragedia de Monjuich, obra suya la guerra de Cuba, donde dejaron su vida 300.000 soldados españoles, una guerra que según sus pidos deseos y según sus propias palabras debía durar mientras "quedara un español y una peseta".

La opinión pública estaba unánime en atribuir a Cánovas del Castillo de todos los padecimientos del pueblo español. El pueblo entero lo detestaba: el escritor que iba a la cárcel por "crímenes de pensamiento", la clase media que tenía que sufrir bajo la miseria general, el trabajador que pensaba en sus amigos ajusticiados en el maldito castillo de Monjuich, todo el pueblo, que debía entregar para una guerra injusta sus hijos y su dinero, saludó la muerte del tirano como la aurora de la libertad y no disminió sus vivas simpatías por el hombre que ofendió su vida para librar a la humanidad de ese monstruo. En un momento Angiolillo hizo más para el ideal anarquista en España que diez años de propaganda en mítines y periódicos.

La muerte del tirano llevó la confusión y el espanto a las filas de los reaccionarios, que ahora debieron retroceder. Volvieron los desterrados y los presos para ocupar de nuevo su puesto en la lucha. No hay que olvidar que la enorme campaña periodística en Europa y en América había podido conseguir que se hiciera justicia a los supervivientes de Monjuich. Pero Angiolillo logró esto en un minuto. El hecho de Angiolillo nos prueba la superioridad de la acción sobre el discurso.

El proletariado español puede mencionar a pocos episodios heroicos en su larga historia contra los opresores y por tanto algunos hechos interesantes de su historia como las escritas en las páginas que siguen. En un modo vivo, bien que un poco general, se exponen esas páginas los sucesos al proletariado español desde su preparación y en su lucha por la libertad y la dicha, — en una lucha que siempre el proletariado de otros

PEDRO VALLINA

ANTES DE LA INTERNACIONAL

Quizá en ningún país de Europa experimenta el proletariado un martirio tan terrible, persecuciones tan espantosas como en España. Ni en la misma Rusia adoptó la manía de las persecuciones una forma tan atrocemente demoníaca como en el país de la Inquisición. Así como en Rusia la opresión es bárbara, brutal y salvaje, en España las persecuciones son diabólicamente refinadas y crueles. (1).

Ya en 1848 hubo en España diversas corrientes socialistas que en parte estaban inspiradas por el espíritu de los forrieristas franceses y de Cabet, pero que más tarde sufrieron principalmente el influjo de las ideas de Proudhon y de Fernando Garrido, un escritor importante y el más conocido apóstol socialista en España en los primeros veinticinco años de la segunda mitad del siglo pasado. Garrido fué el que fundó en 1847 un periódico socialista en Madrid, que, naturalmente, fué prohibido poco después (2). Venas también ya desde 1840 un movimiento sindical en las regiones industriales del país. Los sindicatos fueron prohibidos pocos años después, declarados ilegales, y como éstos a pesar de todo continuaban existiendo secretamente, fueron implantadas duras leyes de excepción contra el movimiento obrero.

Como las persecuciones se hacían siempre más insostenibles, estalló el 2 de junio de 1885 la primera huelga general en España, proclamada por las organizaciones obreras secretas. Los trabajadores de Barcelona y de un gran número de ciudades menos importantes de Cataluña abandonaron al mismo tiempo las fábricas con sus banderas y al grito: "¡Asociación o muerte!" para combatir por el derecho a la organización. Se llegó a luchas y barricadas, y en esa ocasión un diputado que quiso apaciguarlos fué muerto por los obreros. La huelga general fué terminada después de 3 días, cuando se reconoció la libertad de las asociaciones y la legalidad de los sindicatos. Pero el resultado de esa "conquista" de la legalidad de los sindicatos fué que ahora las autoridades sabían exactamente en todos los resortes a quien detener y por tanto podían perseguir más fácilmente a todos los que se asociaban.

En noviembre del mismo año hubo revueltas de carácter revolucionario en Zaragoza y Valencia. Desaparecieron en Zaragoza y Valencia los depósitos de los depósitos de granos y de las mercaderías de los barcos surtos en el litoral. La milicia que estaba fuertemente afectada por el espíritu socialista, also se unió con el pueblo. Lo mismo sucedió tam-

bién en Valencia, y en los años siguientes acontecieron tales sucesos en las fábricas, molinos, almacenes de trigo y panaderías en todas las ciudades de Castilla, Valladolid, etc., donde los participantes en el movimiento son revolucionarios conscientes y califican orgullosamente sus actos como "expropiación".

Las ideas comunistas hallaban ya entonces una adhesión especialmente fuerte entre los campesinos de Andalucía y la expresión teórica de su objetivo era la "república comunista". De las filas de esos republicanos comunistas salió Fermín Salvochea, sobre el cual se hablará más adelante.

Los adeptos a esas ideas estaban agrupados en una organización secreta revolucionaria que en junio de 1863 resolvió una sublevación armada en Loja bajo la dirección de Pérez de Alamo. El movimiento comenzó con mil hombres armados, que pronto creció como una avalancha hasta treinta mil hombres, a los que adherían los rebeldes bajo el grito de "¡Viva el comunismo!". Al principio fué siempre victorioso contra la guardia civil y los pequeños cuerpos de tropas, sin embargo, después de varios días, cuando el gobierno pudo reunir contra los rebeldes las tropas de varias provincias, en algunas batallas sangrientas de varias horas de duración, fueron vencidos y deshechos.

De los prisioneros, veinte fueron sumariamente fusilados y más de cuatrocientos deportados a las colonias penales de Cuba y Filipinas.

Aparte del comienzo de las corporaciones, movimiento sindical, vemos también en esa época el desenvolvimiento de un movimiento cooperativo bastante fuerte, los ensayos de los trabajadores para mejorar su situación mediante la fundación de cooperativas de producción. El movimiento era indudablemente favorecido por las ideas mutualistas de Proudhon entonces difundidas.

Junto a estos movimientos puramente de clase adquiría también firme base en todas las clases de la población otra idea revolucionaria, la idea de la república federalista libre. Su más significado propagandista era Pi y Margall, que estaba influenciado fuertemente por las ideas económicas y federalistas de Proudhon. Como en todas las corrientes revolucionarias, también en este movimiento a favor de la república, que se extendía en España al mismo tiempo que la sublevación contra el imperio en Francia, tomó parte de un modo distinguido el proletariado: La propaganda del federalismo, que también halló entre los trabajadores extraordinariamente amplias y hondas raíces, fué la causa de que desde temprano todo el proletariado español reconociera el federalismo como la forma más libre de toda organización y que desde entonces nunca fuera atraído hacia las ideas del centralismo, sea en la política, sea en otra organización cualquiera.

Pi y Margall, uno de los más grandes y enciclopédicos sabios del siglo pasado, tuvo un enorme influjo en el desenvolvimiento intelectual de sus contemporáneos; difundidos en sus escritos hallamos pasajes que defienden claramente el principio del anarquismo como consecuencia lógica del federalismo. El, que después debía llegar a ser presidente de la república española, escribió: "También la república es aún violencia y tiranía"; "todos los hombres son insobernables"; "toda dominación es un absurdo".

En tanto fué fundada en Londres la Internacional (3) cuya ala bakuninista defendió bajo el nombre de Alianza de la Democracia socialista el principio del federalismo como forma política.

LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LA INTERNACIONAL (1868-76)

En el año 1868 estalló la revolución en España, los Borbones fueron depuestos y después de un interregno fué impuesto un nuevo rey que debía regir constitucionalmente el país (4). En ese tiempo de efervescencia y de apesación, que generalmente es el más apropiado para

aceptar nuevas ideas, llegó Giuseppe Fanelli, un amigo personal y el brazo derecho de Bakunin, — a Madrid para fundar en España la Internacional. Las ideas no estaban todavía en aquella época aclamadas y precisadas, y eso explica que Fanelli, un revolucionario, que tomó parte en las revoluciones de su tiempo en Italia, Polonia y España, propagandista de la Alianza bakuninista, fuera al mismo tiempo también diputado italiano. (5). Consiguió fundar en Madrid el primer grupo de la Internacional, en el que participó el tipógrafo Anselmo Lorenzo, que desde entonces hasta hoy ha quedado fiel al movimiento (6).

La propaganda cayó en tierra fértil, pues la Internacional se extendió por España con una velocidad fabulosa. Según el historiador Laveley, en el año 1873 contaba 711 300.000 afiliados. Si este número fuese exagerado, hubo, no obstante, según las apreciaciones más insignificantes, de sus adversarios, por lo menos 60.000 miembros (7).

(1) Este particular de la reacción española ha podido constatarlo de nuevo en el año 1909, y siguientes, así como en el período de 1920-1923 en que fué generalizado el sistema de la "ley de fugas", por no citar otros procedimientos significativos de un espíritu de barbarie especial. (N. de R.)

(2) Ya en 1843 apareció un corto tiempo en Barcelona un periódico comunista.

(3) Fué formalmente decidida el 28 de septiembre de 1864 en Londres; el mitin de Saint Martin Hall, nombró un comité encargado de organizar la nueva asociación; ese comité tomó el nombre de Consejo General y unos años más tarde, inspirado por el autoritarismo marxista, debía provocar la escisión en la Asociación Internacional de los Trabajadores y luego su muerte. Se habla de Marx como de uno de los principales favoritos de la idea de la Internacional, pero ese pensamiento existía ya en París en la federación organizada por Delbrouk, Jeanne Derouin y Pauline Roland en 1850 y fué llevada a Londres por la delegación de los obreros franceses a la exposición universal; lo que hizo Marx, uno de los nombrados el 28 de septiembre, fué aprovecharse del magnífico instrumento que cayó por casualidad en sus manos. (N. de R.)

(4) Amadeo de Saboya, importado por el general Prim. (N. de R.)

(5) Fanelli fué uno de los mil garibaldinos; también tomó parte en la expedición de Sapri con Pisacane.

(6) Bakunin fundó en 1864 en Italia una agrupación íntima llamada Alianza, a la que pronto se adherieron algunos franceses, entre ellos Etius y Eliseo Rocciús, y algunos plapcos. Entre los adherentes italianos estaba Giuseppe Fanelli, el mismo que en 1868 fué enviado a España en viaje de propaganda por Bakunin; Fanelli logró agrupar a los militantes españoles, que primeramente eran una sección de la Internacional en Madrid y luego en Barcelona (8 de mayo de 1869) otra. (N. de R.)

(7) En el congreso de Córdoba en diciembre de 1872 había representadas 42 federaciones locales con 236 secciones; después del congreso, 28 federaciones que no habían enviado delegados se declararon por los principios "anarquistas y colectivistas"; otras cinco federaciones dirigieron sus felicitaciones al congreso. Una estadística hecha a mediados de agosto de 1873 señala para la Internacional española 163 federaciones locales, con 554 secciones de oficio o de resistencia y 77 secciones de oficio; además, en esa época, había 108 federaciones locales en formación. Bakunin se complacía en señalar la Internacional española como una de las más numerosas organizaciones del mundo. (N. de R.)

# Cartas sobre los acontecimientos de Rusia

## NOVENA CARTA

### EL SENTIDO DE LA DESTRUCCION

(Conclusión)

Entre otros: la destrucción es particularmente un buen antídoto contra toda suerte de desviaciones y de peligros en el movimiento obrero sindicalista (industrialista), movimiento precioso e interesante desde el punto de vista de la revolución social en los movimientos organizados de masas. Centralismo y burocratismo artificial, exajerado y superfluo; pasividad e inactividad de los cotizantes; espíritu de dirección, testardecadas de la masa obrera y estimación muy elevada de su valor específico; estrechez y a menudo intolerancia; mezcla considerable, abierta u oculta, de elementos políticos; inclinación extrema hacia el motivo evolucionista organizador, etc., etc. La tempestad de la destrucción, en el desenvolvimiento de la revolución social, disipará estos errores y estos peligros. Rebatirá, volverá a su puesto, curará, desgarará hombres y cosas, desmembrará y rechazará a unos y aguilonará a los otros. Todas las construcciones de capilla, todos los hombres y las organizaciones que se imaginan que son el "único" movimiento, que son ellos los que "harán la revolución, se volverán dignos de compasión, débiles y miserables frente a ese huracán revolucionario ciego que rodará por encima de sus cabezas y de su debilidad.

Notemos también que, precisamente la destrucción, los procesos ciegos que están ligados a ella, y los problemas concretos de creación que resultarán, deberán dar el primer ímpetu decisivo a la liquidación de la desbandada de ideas y de organizaciones de los anarquistas; liquidaciones de los estravíos y de las destituciones del pensamiento y de la práctica libertarias. Favoreciendo la aparición de la verdadera línea de la acción libertaria, poniendo a los anarquistas en la necesidad de pensar y de obrar de un modo concreto, en tanto que tomen una participación directa y viva en el movimiento revolucionario, la destrucción llevará por eso mismo un golpe mortal a toda suerte de falsas tendencias en el anarquismo: pacifismo almirado, liberalismo excéntrico o vagamente soñador, anarquismo "despreocupacionista", mezcla de espíritu de partido y de procedimientos políticos en el anarquismo, tendencias bolchevistas, en fin, fraccionismo estrecho de nuestras filas.

Los partidos políticos pretenden afirmarse en el realismo y en la capacidad de los negocios. Consideran el anarquismo (en los mejores casos) como una utopía. En realidad, son justamente los partidos los que se encuentran sobre una base artificial, que no les da más que el aspecto de realismo y de capacidad. Esto será puesto en evidencia en el curso de la revolución social: la base falsa se desmoronará, y con ella los partidos políticos del anarquismo, al que se reprocha el demasiado teórico y estar basado en la realidad, y demostrará definitivamente, en el curso de la revolución social, que es definitivamente en el momento necesario y constructivo, cuando será necesario mostrar efectivamente un realismo social, que los partidos políticos no demuestran más que la impotencia absoluta para resolver los problemas reales de la revolución. El anarquismo adquirirá y mostrará su base natural y real. Deberá hacer surgir sus elementos nuevos y vitales que han destruido ciertas formaciones parasitarias. En este aspecto, la misión de la destrucción y de sus consecuencias será muy importante.

Resulta así de lo que precede, que las consecuencias del proceso destructivo varían mucho de acuerdo a las filas del anarquismo, pero demuestran ampliamente la verdad vital de las ideas libertarias. Despertarán un vasto interés por el anarquismo, provocarán su conocimiento y su aceptación activa.

La revolución social no triunfa de un solo golpe: no es en un abrir y cerrar de ojos o bajo la influencia de una barita mágica como trae sus frutos. Los primeros pasos, los primeros estadios, del proceso revolucionario pueden, — dejen así — fatalmente fracasar, ser erróneos o estériles. Esto amenaza llevar la revolución a un callejón sin salida, llevar las grandes masas a una desilusión, a un abatimiento profundo: por otra parte amenaza también permitir a las fuerzas reaccionarias deshacer la revolución tanto más fácilmente e instalarse sobre sus ruinas. Pero la destrucción continúa reaccionando precisamente — en la revolución social — contra una y otra eventualidad: no da a las fuerzas enemigas la posibilidad de afirmarse definitivamente y no permite a las masas dormirse en su desencanto. Es el antídoto del abatimiento. Lleva a las masas más y más lejos, las obliga a moverse, a buscar más y más. Al mismo tiempo no deja a la reacción la oportunidad de adueñarse de la situación, no sólo obliga a las masas, sino que les da también la posibilidad de superar el desencanto, de sumergirlo, de transformarlo en una reflexión fecunda, de aprovechar el tiempo, de hallar nuevas salidas y derroteros. Es precisamente por una destrucción continua, por la que será hecha momentáneamente, por la que será neutralizada y privada de importancia la desilusión inevitable de las etapas de la revolución. Es por esto que también la destrucción que se desenvuelve actualmente es uno de los signos de la revolución social en marcha. Indudablemente la infructuosidad de la revolución rusa debería, desde hace mucho tiempo ya, haber creado una atmósfera deseperante y llevado a las masas a un abatimiento sin límites, a no ser por el proceso destructivo continuo, que impulsa lenta pero seguramente la revolución hacia adelante. En efecto, no vemos en ninguna parte ni abatimiento ni desencanto. Solo Rusia, después de haber atravesado un cierto estadio y fracasado en un callejón sin salida, tiene el aire de espera. Vemos que los trabajadores de los otros países no caen de ningún modo en el marasmo y continúan estando más o menos atentos y activos. ¿Por qué? Precisamente porque el proceso continuo supera la detención, creando la conciencia íntima de su carácter pasajero, sumergiéndola, llevando gradualmente la revolución hacia la etapa próxima. Por instinto las masas sienten todo eso: la destrucción continúa — la revolución continúa también. Si en algún país se produce un cierto abatimiento a consecuencia de la derrota o del fracaso, en los otros, la ola de la actividad se acrecienta, etc. en su conjunto la revolución avanza. Tal situación es típica para la revolución social, así como para el rol del proceso destructivo.

El rol de la destrucción general es esencial y típico para el desenvolvimiento de la revolución social, igualmente es lo que en la destrucción, al quebrarse todas las bases antiguas y al preparar la revolución sobre una nueva internacional, reduce a cero toda posibilidad de avanzar irremediablemente la revolución socialista en un país por las fuerzas reaccionarias de otro. Esta circunstancia es una de las más importantes que garantizan la progresión de la revolución social hacia su victoria completa.

La revolución continua no dará a las fuerzas enemigas (u opuestas a la revolución completa) la posibilidad de satisfacer económicamente de una manera estable tal o cual clase social para apoyarse en ella, de manera definitiva la revolución y el proceso destructivo y por eso mismo la destrucción no debe permitir a la revolución social detenerse en un resultado cualquiera antes de que haya llegado a su resultado completo: comienzo de

una construcción libre, de una comunidad laboriosa, igualitaria y no autoritaria.

Deberán ser establecidas las bases de la vida económica y social absolutamente nuevas en el curso de la revolución social. Toda la antigua economía deberá, pues, ser arruinada por completo, sin ninguna posibilidad de restauración bajo cualquier forma, que sea.

Es por esa razón que el proceso debe comenzar. En tanto que el sistema de vida contemporánea no está arruinado completamente, las vastas masas humanas no tendrán bastantes estímulos para separarse resueltamente del pasado y ponerse a la labor de la construcción nueva. En tanto que el sistema de vida económica no está completamente arruinado, se encontrarán siempre fuerzas que querrán y sabrán aferrarse a los vestigios del pasado y restablecer sobre ellos el antiguo sistema bajo otra forma.

Es en el abismo de una catástrofe completa, de un petirio físico absoluto que la humanidad debe lanzar una mirada para reanudar los elementos que la llevarán hasta allí, para lanzar una resaca en los nuevos derroteros, para crear los cimientos de una existencia verdaderamente nueva, verdaderamente progresiva, verdaderamente humana.

Entre otras cosas, la destrucción es indispensable para preparar el derrumbamiento de toda la técnica contemporánea: la técnica de producción, de trabajo, de cambio, etc. Toda la inercia técnica de la economía social actual (la organización actual del proceso del trabajo, la fábrica actual, la técnica actual del cambio, el dinero, etc.) debe ser quebrantada hondamente por el proceso destructivo.

Lo que acabamos de decir sobre los fenómenos económico-sociales y técnicos se relaciona igualmente a los de la cultura en general: política, derecho, religión,

costumbres, etc. Todos los pseudocultivos pseudo-culturales de nuestro tiempo deberán ser destruidos por completo para que los individuos andarán resueltamente la construcción nueva en el abismo.

No es más que una destrucción encarnizada de todos los aspectos contemporáneos — una destrucción sin cuartel y llevada a los últimos extremos — lo que llevará a la humanidad a la conciencia de toda la absurdidad y perniciosa de lo que nos rodea, a la cesación de angustia y de disgusto, a la sed de una renovación decisiva.

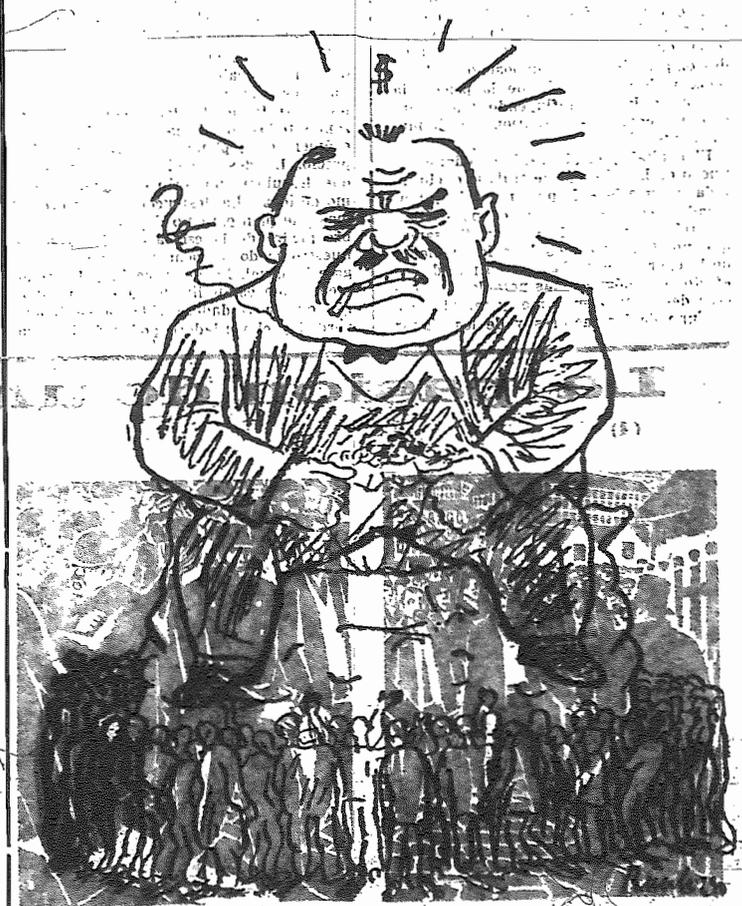
Sucediendo, predisponiendo y preparando la revolución las grandes masas de varios países, la destrucción prepara así la posibilidad de una revolución mundial de pur millones de individuos. La destrucción realiza la mejor propaganda porque afecta a millones de espíritus. Prepara.

Por eso mismo se crean las predisposiciones para que la revolución sea lo menos posible dolorosa y sangrienta y para que el elemento de la violencia sea mínimo allí.

En así el terreno para una verdadera revolución social, porque crea las condiciones en las cuales millones de hombres desearán y realizarán esta revolución.

Por tanto, una apreciación justa de la misión del proceso destructivo resuelve en cierta medida el problema de la violencia en la revolución social. (Notemos que la misma revolución bolchevique en Rusia, realizada en el momento de una destrucción que estaba lejos de haberse acabado, se sucedió relativamente con poca sangre y poca violencia. Los horrores sangrientos de los años siguientes de la revolución rusa son debidos no a la revolución misma, sino a su mutilación monstruosa).

### Capital



Las multitudes insurrectas derrumbarán un día el idolo maldito

La misión de la destrucción es muy importante en toda una serie de momentos puramente psicológicos. Uno de los factores psicológicos más primordiales de la existencia, del desenvolvimiento y sobre todo de una restauración del capitalismo (privado o del Estado) es una cierta voluntad de trabajo de la población laboriosa.

En el estado actual de la destrucción general y completa, el capitalismo no podría ser restaurado por un proceso social duradero con perspectivas ulteriores más que a condición de un impulso psicológico, de una tensión laboriosa formidable y viva de las masas productoras. Para que se pueda regenerar la agricultura perjudicada y en ciertos países completamente arruinada, hacer renacer la industria alterada, hacer progredir la obra de los transportes, reanudar el sistema financiero y el crédito moribundo, aumentar seriamente la prosperidad, el bienestar de la población, así como su capacidad de consumo y de compra (fuera de estas condiciones un renacimiento del capitalismo es imposible) — para esto es indispensable un esfuerzo grandioso y entusiasta de las masas.

La conciencia de una estabilidad, la certeza de una solidez de la situación dada, la reconciliación íntima con el sistema y su aceptación (aún forzada), eso únicamente podrá, en nuestra época, alimentar y sostener esa voluntad de trabajo.

Pero, haciendo la voluntad de trabajo tanto más necesaria, la destrucción al mismo tiempo la mata. Cuanto más completa es la destrucción, tanto más grande debe ser el impulso psicológico para levantar las ruinas, pero es tanto más difícil. Y es la destrucción irremediable y la conciencia de la inestabilidad que está ligada a ella lo que reduce a la nada el factor indispensable del capitalismo.

Hoy no sólo la voluntad de trabajo no aumenta, sino que en todas partes, al contrario, disminuye visiblemente. En una serie de países la intensidad de trabajo decayó en proporciones increíbles. Toda la psicología del trabajo propio en el sistema económico dado, cae en ruinas, y entonces el sistema mismo se derrumba igualmente, porque sin un impulso íntimo (aunque fuera artificial) la existencia y el desenvolvimiento de ese sistema son imposibles. Los dos procesos de descomposición — descomposición del sistema y descomposición de la psicología — van a la par influyendo uno sobre otro, sosteniéndose y agudizándose mutuamente.

El capitalismo, ¿logrará adecuarse de nuevo de la voluntad de trabajo quebrantada, afirmarla e impulsarla a la intensidad necesaria? — tal es para él la cuestión de vida o de muerte. Pensamos que no. Consideramos la caída violenta de la energía de trabajo como uno de los efectos psicológicos más notables del proceso destructivo en curso, y también como uno de los factores y de los signos

más serios del hundimiento del capitalismo.

No es sino en las condiciones económicas y sociales nuevas que una nueva voluntad de trabajo es actualmente posible.

Otro momento psicológico que hemos ya mencionado no es menos importante.

No es más que una destrucción implacable la que puede quebrar en las masas esa psicología de una sumisión dócil al capital y al poder como a fatalidades. No es sino ella la que puede matar la idea de la estabilidad y de la invencibilidad del capital y de la autoridad. Es por ella que las grandes masas adquieren la idea de la necesidad de un movimiento creador general, la idea del desenvolvimiento, de la necesidad de una acción enérgica y autónoma... La penetración de estas tendencias es una condición indispensable de la revolución social. Una de las razones de los fracasos de la lucha revolucionaria es la irresolución y la falta de iniciativa de las masas. La destrucción las llevará a la resolución y a la actividad independiente necesarias.

Es la destrucción la que deshará generalmente prejuicios arraigados, que impiden a las grandes masas marchar resueltamente a la revolución. (El prejuicio de creer en la posibilidad de un bienestar estable, independientemente de la prosperidad del "conjunto" social, es entre estos prejuicios uno de los más importantes).

Es la destrucción, en fin, la que se necesita para romper el "egocentrismo" humano habitual y estrecho: esa estrechez abrumadora de nuestras "convicciones", de nuestras construcciones, de nuestras teorías, de nuestros "ismos"... La destrucción es necesaria para desplegar ante nosotros los horizontes de investigación, de comprensión, de métodos, de acción y de creación de un gran alcance.

Marxismo, socialismo revolucionario, maximalismo, anarquismo, sindicalismo, comunismo, individualismo, "machnovichina" — ¿cómo abarcar y conciliar todas estas contradicciones? ¿Cómo se podría asociarlas, reducirlas a una sola y sin embargo activa idea-fuerza?

En la mayoría de los casos, tenemos el hábito de cabalgar firmemente uno de nuestros "ismos" y de azuzarlo diariamente tratando de llegar con él, rechazando todos los demás, sin demasiado examen, con aplomo, intolerancia y desprecio. La destrucción y los horizontes que descubrirá matarán ese estéril egoísmo de ideas. La destrucción y los problemas que planteará no dejarán piedra sobre piedra de la escolástica habitual de nuestro modo de pensar, de nuestro bagaje habitual. La destrucción y los fenómenos que están ligados a ella, mostrarán que la verdadera vida, la verdadera verdad y el verdadero poder de la revolución están en el mayor acercamiento posible a una síntesis de los brazos de verdad dispersos, y sobre todo a una síntesis activa de las fuerzas laboriosas. Mostrarán que frente a la revolución social, todos nuestros "ismos" aislados no son más que ilusiones insignificantes de unidades también insignificantes.

Resumamos lo esencial de lo que hemos dicho sobre la destrucción y su misión en la revolución social.

1.—Una destrucción de nuestro sistema social actual que englobe absolutamente todo y llevada hasta el extremo, destrucción de toda la "cultura" contemporánea con todas sus bases, todos sus tesoros, hábitos, costumbres, con su economía, política, derecho, psicología, costumbres sociales, métodos técnicos y organizadores, es la condición sine qua non de la revolución social y de su victoria completa. Es por la destrucción sin miramientos que debe comenzar la evolución social victoriosa. El terreno para la construcción del edificio nuevo debe ser completamente purificado de todo su pasado. Las masas comenzarán y continuarán la revolución bajo la presión implacable del proceso destructivo y de sus consecuencias.

2.—Esa destrucción es en su fondo un proceso grandioso, puramente ciego y espontáneo, independiente de la conciencia y de la voluntad de los hombres.

3.—La misión y la significación del proceso destructivo son extremadamente múltiples y variadas. Todos los dominios de la vida social sin excepción están comprometidos en la esfera de esa destrucción y trabajados en su crisis.

4.—La destrucción grandiosa que se desarrolla actualmente sobre una escala internacional y que no da motivo a hacer prever su interrupción, nos da un motivo serio para pensar que la humanidad ha entrado en la época de la verdadera revolución social — época que ninguna revolución del pasado siglo pudo alcanzar.

Los anarquistas revolucionarios de todos los países deben apreciar bien desde el presente esta situación y sacar todas las conclusiones necesarias. Y ante todo deben darse clara y definitivamente cuenta de que no son teorías ni "ismos" (por las cuales rompen como niños tantas lanzas) que no es la propaganda misma ni tal o cual organización revolucionaria o partido, ni tampoco la "minoría revolucionaria", quienes llevarán a la verdadera revolución social victoriosa; que no es el florecimiento económico, ni una base material sólida quienes garantizarán su realización; que el proceso formidable de una destrucción ciega y espontánea es el fondo sobre el cual tendrá que construirse la revolución social; que esta destrucción es la base sobre la cual las masas deberán edificar. Es de ese hecho fundamental, de su aceptación y apreciación firme de donde los anarquistas deberán partir en sus construcciones y en su acción.

Para concluir, expresamos un poco la expresión: *necesidad de la destrucción*. Está demás decir que no hay que tomarla en un sentido metafísico, fatalista o teológico.

La *necesidad* significa, en este caso lo que sigue: El sistema social dado deviene definitivamente un estancamiento y una regresión completa. Las vías reformistas se muestran definitivamente impotentes para dar una salida a la situación. La única salida es hoy la revolución social. Pero por la fuerza de ciertas condiciones fijas e inseparables, esta revolución se retarda, no se realiza. Las condiciones que obstaculizan son tales por su carácter que no pueden caer más que con ciertas bases de la vida que las sostienen. Es precisamente frente a esas bases que la revolución queda impotente. (La propaganda también es impotente en las mismas condiciones).

Entonces el orden que ha pasado ya engendra todavía una serie de fenómenos destructivos: el estancamiento duradero engendra la descomposición y la debacle. Esta debacle, destruyendo todas las bases vitales existentes, arruina también, por eso, las condiciones que obstaculizan, preparando las condiciones necesarias, y lleva, en fin, a la revolución decisiva. Y con otras palabras, la destrucción de estas bases deviene condición esencial — *necesidad* — de la revolución.

Si la destrucción no posee una plenitud acabada, si las bases no son conmovidas hasta en sus cimientos, la resurrección de las condiciones que obstaculizan la plenitud de la revolución y detienen su desenvolvimiento es posible todavía. Ahora bien, en presencia de ciertos datos, varias razones, igualmente naturales, llevan justamente a esa plenitud y al acabamiento de la destrucción. La plenitud acabada de la destrucción garantiza la de la revolución. Es, pues, igualmente una condición esencial — necesaria — de la revolución social y de su victoria completa.

Estudiamos que tal es precisamente la situación internacional actual. Condiciones determinadas retienen la revolución decisiva. Únicamente la destrucción de ciertas bases sociales puede romper esas condiciones. La descomposición y la debacle del orden capitalista expirante llevan automáticamente a esa destrucción y así a superar las condiciones que obstaculizan la revolución. El carácter, las dimensiones y el ambiente de la destrucción dan razón para creer que las bases vitales existentes y por tanto las condiciones que impiden la revolución decisiva, serán esta vez aniquiladas sin posibilidades de resurrección, y la evolución no podrá ser detenida.

Es en este sentido que hablamos de la *necesidad de la destrucción*, y es por eso que consideramos nuestra época como la de la revolución social.

VOLIN

# La pasión de un revolucionario

(4)

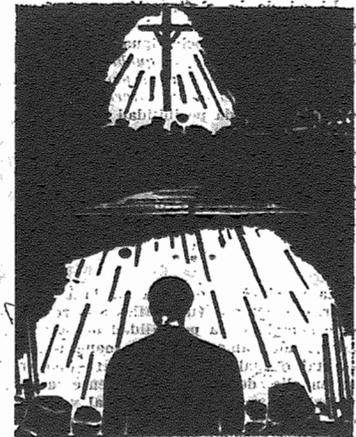
(Grabados en madera por Frans Masereel)



A la cabeza de una delegación discute con los patronos la situación de los obreros.



Los agentes de la justicia lo arrestan por predicar ideas subversivas.



Juzgado ante la corte, se considera como uno de los mártires de la humanidad.



El fin de la pasión del hombre, colocado frente a una pared para ser fusilado.